

DESARROLLO SOSTENIBLE Y PAISAJE

SUSTAINABLE DEVELOPMENT AND LANDSCAPE

Joaquín Romano Velasco*

RESUMEN

El texto refleja la situación crítica de la sociedad actual a través de los conceptos de paisaje y desarrollo sostenible, destacando la necesidad de impedir que los valores de éstos, bienes públicos, sean socialmente reducidos a los de los sectores dominantes. Únicamente resulta válida aquella interpretación del desarrollo sostenible realizada en términos de progreso de toda la sociedad en su conjunto. El paisaje, cuyo esquema cultural es indispensable para la comprensión del medio ambiente por parte del individuo, es la expresión de los valores infinitos que en él se sintetizan, de los sistemas ecológicos y sociales con los que el desarrollo sostenible tiene un estrecho vínculo y que debe respetar. El autor destaca el papel que debe desempeñar el Estado en la administración de estos bienes, y establece las condiciones en que un paisaje contribuye al desarrollo sostenible.

Palabras clave: desarrollo sostenible, valores del paisaje, esquema cultural, administración de los recursos naturales.

ABSTRACT

This text comes across the critical situation of the present day society through the concepts of landscape and sustainable development, emphasizing the need to prevent their values, common goods, from being socially reduced to those of the dominant members. Only that interpretation of the sustainable development made in terms of the progress of the whole society proves to be valid. The landscape concept, which cultural schema is essential for individuals to understand their environment, summarizes the infinite values and the ecological and social systems the sustainable development is strongly related to, and therefore must respect. The author enhances the role that the State must play in the administration of these common goods; conditions helping to the sustainable development of a landscape are enunciated as well.

Key words: sustainable development, landscape values, cultural schema, natural resources administration.

* Joaquín Romano Velasco es profesor de Economía Aplicada de la Universidad de Valladolid.

Presentación

Una de las dificultades más serias con la que nos encontramos al poner en relación dos aspectos tan en boga como son los de desarrollo sostenible y paisaje es la diversidad con la que han sido empleados estos vocablos. Cada autor que trabaja con ellos busca dejar su impronta y les intenta añadir algo nuevo o diferente a sus significados, que en ocasiones resulta de una excelente creatividad, hasta el punto incluso de llegar a reinventarlos. Pero con ello, al designar con el mismo término conceptos distintos, también están incorporando elementos de confusión que impiden la más mínima conversación sobre estos temas.

Siendo nuestra intención con este trabajo el de comunicar las condiciones en que un paisaje contribuye al desarrollo sostenible, y ante las concepciones tan variadas de estos términos, nos parece obligado comenzar esta comunicación refiriéndonos a sus conceptos, interpretaciones o significados, para adoptar los que entendemos adecuados para afrontar con la necesaria seriedad y rigor esta cuestión, lo que debe entenderse como huida de cualquier simplificación de la misma, porque si algo nos preocupa es precisamente que algo tan complejo como el desarrollo y el paisaje puedan ser tratados simplemente, es decir caricaturizados, de modo que únicamente nos interese por aquellos rasgos de los mismos que puedan darnos la razón sobre los valores que personalmente nos interesa que asuma la comunidad como propios. Es precisamente cuando pensamos desde la complejidad cuando recordamos la necesidad que tenemos de vivir en comunidad. Frente a la simplicidad que anima la individualidad y la técnica, es la complejidad la que crea y acompaña a la sociedad y la naturaleza, máxime cuando ambas esferas son consideradas desde su relación, para observar que no hay más que una, como el planeta que habitamos, y en el que los valores trascienden a los propios recursos. Si no conocemos los valores nunca podremos administrar los recursos.

Por ello nuestro trabajo, en su segunda parte, desde la idea de que los términos no pueden ser ampliados, se orienta a justificar por qué los valores del paisaje y el desarrollo no pueden ser socialmente reducidos a los de los individuos dominantes. Nos preocupa el modo en que ello está ocurriendo en tanto supone restringir la comunicación entre las personas, que finalmente se interesan sólo por su desarrollo y sus paisajes, cuando precisamente estas son dos palabras que cobran sentido en la relación entre las personas para ayudar a conformar la comunidad en la que cohabitan. Nos inquieta esta confusión de los sentidos individuales con los colectivos, por lo que tiene de alienación, o si se quiere de todos y cada uno de los sinónimos que nuestra rica lengua da de este término: locura, enajenación, demencia, neurosis, chifladura, guilladura, chaladura, perturbación, vesanía, desequilibrio, manía, infamia, frenesí, insanía, desvarío, aberración o paranoia. Términos todos ellos elocuentes del diagnóstico de la situación crítica de la sociedad, reflejada a través del espejo del paisaje en el que se mira su desarrollo.

Desarrollo sostenible y paisaje: concretando los términos

Cuando hablamos de desarrollo sostenible podemos referirnos a él en los términos ambiguos con que lo asumen los organismos institucionales. Según el Grupo de Trabajo Nacional sobre el Medioambiente y la Economía en Canadá (1987), el desarrollo sostenible

"es el que permite la puesta en valor, hoy, de los recursos y del medio ambiente sin comprometer su utilización por las generaciones futuras"¹

que adopta su expresión de otra más difundida en el famoso Informe Brundtland de la Comisión Mundial del Medio Ambiente y Desarrollo de 1987. La crítica de muchos científicos a una definición tan política y economicista como esta ha revelado la incongruencia de dicha definición. Como ha señalado Rees,

"esta definición es en sí contradictoria e imposible de interpretar de forma racional. En primer lugar, la presente generación no puede permitirse recurrir a las reservas de energía o de recursos materiales, sea el petróleo, el gas natural o los fosfatos, sin eliminar totalmente la posibilidad de su utilización por las generaciones futuras. De este modo, la mayor parte de esta definición se queda sin fundamento. En segundo lugar, el Grupo de trabajo evidencia su reticencia a la idea de admitir la posibilidad de que el nivel de vida de algunos pueda ser reducido a fin de que otros puedan simplemente vivir. De hecho, el Informe del Grupo evita completamente la cuestión de la equidad. tercero, y en línea con lo anterior, esta definición se engancha abiertamente con la ideología del crecimiento económico desechando la posibilidad de que la preservación de ciertos sistemas de recursos ecológicos pueda ser esencial para el desarrollo sostenible "².

Los desacuerdos con esta definición ha llevado a algunos organismos a matizarla, cambiando el acento de la protección ambigua a las generaciones futuras hacia otra más concreta que recae sobre los actuales sistemas naturales. Así el Consejo Internacional de Iniciativas Ambientales Locales en 1994 ofrecía la siguiente interpretación:

"El desarrollo sostenible es aquel que ofrece servicios ambientales, sociales y económicos básicos a todos los miembros de una comunidad sin poner en peligro la viabilidad de los sistemas naturales, construidos y sociales de los que depende la oferta de esos servicios".

¹ *Rapport du Groupe de travail national sur l'environnement et l'économie*, Ottawa, Conseil Canadien des Ministres des Ressources et de l'environnement (CCMRE), 1987.

² REES, W.E.- "Économie, écologie et rôle de l'évaluation environnementale aux fins du développement durable" en JACOBS, P. y B. SADLER, B.- *Développement durable et évaluation environnementale: perspectives de planification d'un avenir commun*, Ottawa, CCREE, 1992, p. 143.

Esta definición ha inspirado una gestión más ecológica del desarrollo, y concretamente el *Informe Ciudades Europeas Sostenibles*³ se apoya en este significado de la sostenibilidad para "considerar la ciudad en términos de ecosistemas".

Ante estos debates la estrategia política ha sido la de acudir a la ciencia para dejarlos definitivamente sin resolver. Ellos saben de la vulnerabilidad de la ciencia para abrir la lucha por la interpretación, a la que hemos dedicado trabajos enteros, y sobre la que observo en *Más allá del concepto de desarrollo sostenible, el bien social* cómo la ciencia está siendo instrumentalizada en defensa del nefasto status quo de quienes despóticamente nos gobiernan. Los nuevos conceptos de la noción de desarrollo sostenible acuñados por la ciencia únicamente sirven a la confusión y al río revuelto del que sacan sustancioso provecho los escasos individuos que cuentan con licencia para pescar. Pese al gasto argumentado en su contribución al desarrollo sostenible, realmente las políticas para el desarrollo sostenible no han llegado a ningún resultado. Tal y como se reconoce en el *Informe de Aplicación y Plan de Actuación de la Comisión Europea sobre el Quinto Programa Ambiental: Hacia la Sostenibilidad*,

"el Quinto Programa señaló casi todos los elementos necesarios para hacer funcionar el proceso. Lo que falta es la voluntad política de hacerlos funcionar."

De igual modo en el citado *Informe Ciudades Europeas Sostenibles* se indica:

"el proyecto de ciudades sostenibles implica creatividad y cambio. Pone en duda la manera tradicional de actuar de las autoridades gubernamentales y busca nuevas capacidades y relaciones institucionales y organizativas"⁴

No podemos seguir dejando creer que estamos ante un concepto abierto a su interpretación, porque realmente la noción de desarrollo sostenible es colectivamente única, y como tal, debe ser unánimemente aceptada, para desde ella construir nuestra propia ciencia, esa ciencia que busca la verdad en la claridad de las palabras. La verdadera ciencia no es esa que vende la verdad que se paga -a grandes precios como los Nobel, o a los bajos precios de los tramos de investigación-. El mercado de la ciencia puede fácilmente engañarnos porque sus brillos cegadores son los del dinero que la sustentan, y que en el mejor de los casos nos llevan a apartar la mirada de tanto destello que nos deslumbra. Los conceptos que se refieren al desarrollo en términos de progreso son los únicos que podemos tener en cuenta, porque como ha señalado Frank,

"La idea, si no el nombre, de desarrollo económico nació hace mucho tiempo, al igual que la idea de progreso de la cual es ampliamente sinónimo. Dónde y cuándo surgieron es difícil de decir"⁵.

³ *Informe Ciudades Europeas Sostenibles*, Bruselas, Comisión de las Comunidades Europeas, 1996.

⁴ *ibid.*

⁵ FRANK, A.G.- *El subdesarrollo del desarrollo: un ensayo autobiográfico*, Madrid, IEPALA, 1992.

Quizás cuando leemos obras como *La Economía en Evolución* de Naredo (1999) o *Evolución Social* de Alcina (1999) no sea tan difícil de decir, y desde luego lo que ellos y otros muchos verdaderos científicos nos dejan bien claro es que del progreso del que hablamos es el de toda la sociedad en su conjunto, no de esos pocos locos que amontonando fortunas no hacen más que acumular miserias humanas, hasta convertir en ley la expresión: *A más fortunas personales más miserias sociales*.

Desde esta perspectiva la incorporación del vocablo *sostenible* al de desarrollo en cierta forma es una redundancia, por que si entendemos que la vida de una sociedad sana es muy duradera, trascendiendo con mucho a la de sus individuos, abocados inevitablemente a morir a corto plazo, su desarrollo sólo puede entenderse en esa larga duración. Quizás la principal aportación de este vocablo al término es la de recordarnos que el desarrollo social se encuentra estrechamente vinculado a la conservación del medio natural, por ello podemos aceptar únicamente definiciones basadas en el buen sentido, ese sentido común que parece el menos común de los sentidos, como la ofrecida por Rees para el que

“el desarrollo sostenible ha de referirse a toda forma de cambio o de puesta en valor que no supone atentar a los sistemas ecológicos, sociales o políticos de los que es tributario”⁶

la cual podríamos entrar a matizar mucho más, si bien tenemos que quedarnos con él como lo que es, un primer concepto contrapuesto a esa burla que hace el Informe Brundtland, cuya idea responde a un cuadro valorativo en el que el desarrollo es contemplado a corto plazo, defendiendo el interés por transformar los recursos naturales en financieros, y en todo caso al actual status quo contrario a la más mínima idea de justicia social.

Del paisaje, por su parte, encontramos igualmente una increíble diversidad interpretativa, que nos puede servir de nuevo para alabar la capacidad imaginativa del hombre, pero desde luego también para denunciar esta habilidad de crear confusión incluso en algo como los términos que debieran ser tan claros que no permitiesen, de partida, la propia exclusión de lo que realmente es un paisaje. Sea cual fuere el concepto de paisaje al que podamos llegar este no puede aplicarse a dos escenarios similares concluyendo que uno es un paisaje y el otro no. Tenemos que convenir en un concepto tal que, por ejemplo, presentados a un moralista escrupuloso los cuadros de la maja desnuda y la maja vestida de Goya, si el segundo es un paisaje pictórico el primero también, y pese a que para él carezca de sentido el primero con la mujer desnuda, para otros quizás sea el que más admiración levante, y desde luego para la sociedad tienen que tener sentido como paisajes los dos, o no tenerlo, según la definición única e inconfundible, no indiscutible, que acuéñemos.

Pierre Donadieu⁷, de la Escuela Nacional Superior del Paisaje de Versalles destaca el conflicto en la interpretación del paisaje suscitado por dos

⁶ REES, W.E.- “Economie, écologie et rôle de l'évaluation environnementale aux fins du développement durable” en JACOBS, P. y B. SADLER, B.- *Développement durable et évaluation environnementale: perspectives de planification d'un avenir commun*, Ottawa, CCREE, 1992.

⁷ DONADIEU, P.-“Campagnes urbaines: de la réalité aux symboles” en GARIEPY et. al.- *Le paysage, territoire d'intentions*, Montreal, Harmattan, 1999, p. 92.

filosofías diferentes. Según una primera filosofía un paisaje, en tanto es un objeto estético, jamás natural, es siempre cultural. Dice Alain Roger:

"Ni ecosistema como querrían los ecólogos ni geosistema como les gustaría a los geógrafos, el paisaje escapa a la ciencia para ser exclusivamente un arte".

Por el contrario una segunda escuela defiende que sin el esquema cultural del paisaje, el ciudadano no puede comprender el medioambiente. Desde el pensamiento ecológico la protección absoluta que incluye indefectiblemente al paisaje permite la conservación de la biodiversidad. Lucius Burckhardt dice

"¿como sino podemos luchar contra el academicismo hortícola, que preconiza llenar de flores las ciudades hasta convertirlas en lugares comunes?"

La expresión "no hay naturaleza sin representación, involuntaria bajo la forma de un paisaje, voluntaria bajo la de un jardín", parece reflejar bien este estado de opinión.

Desde nuestra condición de aficionados al paisaje hemos discutido esta cuestión con expertos en el paisaje, artistas como Hufty o arquitectos de deformación, como le gusta llamarse a Jacobs; ambos coinciden en apuntar el misterio que rodea esta selección. Hufty señala que

"la propia existencia requiere una correlación entre las formas naturales, las que acompañaron mi infancia y las que alimentaron mi cultura. ¿Todas estas percepciones surgen de la estética o de un catálogo de la armonía? La cuestión es todo un misterio"⁸.

Incapaz de resolverlo ofrece una invitación a la validación de las dos visiones en sus palabras:

"Es por ello que el arquitecto debe ser a la vez un ingeniero y un artista"⁹.

Por su parte, el arquitecto del paisaje Jacobs nos habla de conceptos diferentes en el pasado, el presente y el futuro.

"En el siglo XVIII, el paisaje se definía como parte de un país, como una superficie en la tierra que la naturaleza presenta a un observador. Los paisajes modernos quedan reducidos a sus elementos constitutivos y se examinan con el mismo material que utiliza la ciencia experimental. El paisaje postmoderno ha sido definido formando parte de los procesos naturales y de la actuación humana, es la expresión de lo que somos, de lo que valoramos y de los que deseamos en un futuro. En función de los distintos puntos de vista el paisaje constituirá una imagen estética, un recurso útil o una metáfora que ilustra nuestra elección de vida en la naturaleza"¹⁰.

⁸ HUFTY, A.- "El misterio de la percepción natural a través de la pintura y paisajes canadienses" en ROMANO, J.- *Evaluación Ambiental y Desarrollo Sostenible*, Valladolid, Ámbito, 2000, p. 79.

⁹ *ibid.*

¹⁰ JACOBS, P.- "La profecía: un juego de riesgos" en ROMANO, J.- *Evaluación Ambiental y Desarrollo Sostenible*, Valladolid, Ámbito, 2000, p. 63.

Pero por encima del tiempo la mayoría de la gente le da todos los significados que ya se han señalado, observando de nuevo una invocación a la consideración de todos los significados posibles del paisaje, y además una alusión a su misteriosa condición:

"La profecía moderna, a veces llamada previsión, se basa en la elaboración de escenarios posibles, probables y deseables de acontecimientos futuros. Sin embargo, los resultados de estos estudios plantean a menudo más preguntas que respuestas"¹¹.

La posibilidad de encontrar una única definición del paisaje en este nebuloso contexto de misterio nos resulta más precaria que en el caso del desarrollo sostenible. Antes podíamos decir, sin temor a equivocarnos, qué definiciones eran admisibles y cuáles no, simplemente con advertir si contenían o no los elementos caracterizadores del mismo. En el caso del paisaje considerado en sí mismo las exclusiones no resultan tan obvias, quizás porque tampoco lo son sus rivalidades. Podemos sin embargo decir que cuando confrontamos el paisaje con el desarrollo sostenible, un concepto del mismo se nos sugiere entre todos los demás, de forma que el paisaje para nosotros será la expresión misma de los sistemas ecológicos y sociales, con los que el desarrollo sostenible tiene una estrecha relación en la medida que el cambio o la puesta en valor en la que se materializa ha de respetar los sistemas que el paisaje representa.

Desarrollo sostenible y paisaje. Ampliando los valores.

Los términos son únicos, los valores de los mismos infinitos. Si nos preocupásemos de enunciar todos los valores del paisaje y del desarrollo cuando se hace sostenible, progresar para siempre, tendríamos que dedicar al menos una página a cada uno de ellos, y como quiera que siempre alguien o algo nos puede dar nuevas ideas, estaríamos escribiendo sobre el tema un artículo infinito, para el que personalmente ni yo ni el lector contamos con tiempo de existencia suficiente. Pero con la misma seguridad que afirmamos esto, también podemos decir que la sociedad se encargará de ello, de recopilar las aportaciones individuales que enuncian los valores, muchas repetidas, muchas contradictorias entre sí, y tendrá que proceder, como en la naturaleza, a someterlos a prueba de ensayo y error, donde si la reacción social frente al valor expresado individualmente, en su aceptación o rechazo, se hace esperar demasiado, las leyes de la naturaleza, que son las de la termodinámica y muchas otras más, llevarán inexorablemente a la aniquilación de esa sociedad.

Preocuparnos por evitar la aniquilación de la sociedad es igual que hacerlo por la sostenibilidad de su desarrollo. Lo mismo da mirar el lado vacío que el lleno de la botella. Advertimos no obstante lo diferente que es verlo desde una perspectiva social o individual, dado que el lado vacío cuando implica a la sociedad podemos considerarlo una verdadera catástrofe, mientras que para los individuos no. Todos los hombres morimos de muerte natural, porque pese a que

¹¹ ibid.

nos aterrorice personalmente, no hay nada más natural que morir después de pasados unos años. Sobre todo es natural hacerlo cuando en unos casos llevamos alimentándonos todos esos años con alimentos cargados de residuos tóxicos, cuando en otros un edificio se derrumba sobre nosotros, si recibimos un tiro en la nuca, o respiramos los gases letales de una ciudad, una sofisticada cámara de gas. La cuestión en estos casos extremos es que los tiros, los gases, los tóxicos en general pueden surgir de valores que, si la sociedad acepta, supone dirigirlos sobre ella misma, y ello ya no es tan natural, dado que no lo son aquellos valores que llevan a la destrucción de nuestro entorno, pues como destaca el célebre biólogo Barry Commoner (1992),

"debemos ser la única especie conocida capaz de destruir su propio hábitat"¹²

Por otro lado, aunque hablar del lado vacío o del lleno objetivamente sea lo mismo, hablar en positivo que en negativo, decir que tenemos cinco o que nos faltan tres para llegar a ocho, los sentidos que le damos desde el optimismo o el pesimismo hace que tengamos significados distintos, de suerte que hasta las constantes físicas están cargadas de valores que las hacen variables al ojo humano. Ahora bien, por el mismo motivo que el buen ojo nunca es el del físico que calcula con precisión el tiempo que tarda en caer la teja del tejado, sino el de la persona que sabe apartarse a tiempo, la sociedad no puede seleccionar valores con el ojo del físico, biólogo, el geólogo, el economista, el arquitecto, el científico, el artista o el profeta, que calcula o imagina los límites "exactos" de la naturaleza o del paisaje que soportarán el cambio que define al desarrollo. Su ojo, su buen ojo, sale de la prudencia, su buena prudencia, para en unos casos desistir de los cambios que nos llevan al límite, y en otros afrontar los cambios que nos devuelvan otra vez dentro de los límites o capacidad de carga de la naturaleza.

Muchos han sido los que han manifestado su acuerdo con el dicho de que "la prudencia es la madre de la ciencia". Nos gustaría que tras estas líneas se pueda apreciar que también lo es de muchas cosas más. Podríamos concluir diciendo que la prudencia es el valor de los valores sociales, y que en él los infinitos valores del paisaje y el desarrollo se funden y sintetizan. Por ello el paisaje, como el desarrollo, se hacen sostenibles cuando se recrean en el tiempo para ser transmitidos generación tras generación. Y con la misma evidencia resultan insostenibles cuando se consumen para su extinción, sin reconocer los valores que comporta su conservación.

Evidentemente hay mucha más doctrina respaldando esta conclusión. El paisaje y el desarrollo, económicamente hablando, son bienes públicos: no pueden ser rivales ni excluibles. Consecuentemente su provisión eficiente nunca la puede hacer el mercado, ha de hacerla el Estado si quiere garantizar su prudente provisión. Por desgracia ese Estado, con mayúsculas, no es el estado, con minúsculas, de que en estos momentos disponemos, salidos de las dictaduras para caer en el despotismo de unas democracias creadas en la mala idea de gobernar para el pueblo sin el pueblo. Este estado selecciona los paisajes y el desarrollo por su capitalización en los mercados, transgrediendo las más fundamentales leyes de

¹² COMMONER, B.- *En Paz con el planeta*, Madrid, Drakontos, 1992.

provisión de un bien público, que fueron analizadas por Samuelson y muchos otros clásicos de la economía, sin que hayan sido capaces de advertir que los bienes públicos no son un fallo del mercado, sino un territorio en el que no puede entrar el mercado sin dañarlo. Dado que toda la teoría de fallos del mercado se instrumenta en base a recuperar las condiciones que hacen funcionar la mano invisible del mercado, y puesto que esa mano falla precisamente cuando funciona "perfectamente" sobre los bienes públicos, tenemos que pedir que sean inmediatamente sacados de esa teoría que define el papel del estado, para desarrollar una nueva Teoría de los bienes públicos que facilite la reconstrucción del Estado.

Avanzar en esta Teoría es indagar en los citados valores de prudencia y complejidad, tan visibles en los paisajes que alientan la sostenibilidad del desarrollo. Ello puede parecer a primera vista imposible, ¿cómo construir una Teoría soportada en valores, que seguramente, sean infinitos? Muy sencillo, se ha dicho ya: basta con cambiar el ojo preciso del científico, del artista, del profeta o del político, deslumbrados todos ellos por el resplandor de la mecánica del mercado, y adoptar el buen ojo del ciudadano de esa sociedad con aspiraciones de eternidad en su desarrollo y sus paisajes.

Para muchos estas manifestaciones tintadas de filosofía no son muy útiles para emprender la acción. Para esos más pragmáticos pongamos algunos ejemplos contundentes de paisajes sostenibles e insostenibles conforme a estas percepciones. Los paisajes sostenibles son siempre los paisajes próximos, los cotidianos, a los que podemos llegar a pie desde nuestras residencias. Y, por elemental diferencia, son insostenibles todos los demás. Conforme a ello y pese a vivir en un país como España, eminentemente turístico, o quizás precisamente por ello, el actual modelo turístico nos da excelentes ejemplos de paisajes deteriorados por viviendas habitadas, cuando lo están, por personas que no sienten ese paisaje como próximo, y disfrutan de ellos escasamente unos días, para después hacer uso de su libertad de poder cambiar de lugar sin tener conciencia de pérdida, como tampoco la tiene la autoridad que le anima a hacerlo. La autoridad que, entre el bien privado que es la segunda vivienda, y el bien público que es el paisaje, favorece al primero en perjuicio de este último, se hace parte de ese estado, con minúsculas, incapaz de comportarse como la sociedad requiere, hacia el desarrollo sostenible.

Los ejemplos de este tipo pueden ser ilustrativos, pero también son muy peligrosos, porque algunos pueden ver sólo una oposición al turismo o al Estado, cuando de lo que tratamos es de advertir contra los valores de ese turismo y de ese otro estado. Además, tampoco los paisajes próximos son en sí mismos la representación de un desarrollo sostenible. Resulta más factible y necesario hacer que lo sean, pero hay que hacerlo. Las autoridades locales y los arquitectos que disponen nuestras ciudades no son precisamente el ejemplo a seguir ni en cuestiones de paisaje ni de desarrollo sostenible. A los que escribimos sobre ellos nos son muy útiles sus lecciones por que es evidente que estudiando tantos errores podemos aprender muchas cosas, y el material que ellos nos suministran desgraciadamente es infinitamente superior al que podamos encontrar en las bibliotecas de los maestros o de los aciertos. Pero, lejos de agradarnos, esta situación documental nos disgusta enormemente, motivando que nos pongamos a

escribir, cuando lo que más nos gusta es leer, actividad de las más sostenibles que conocemos.

Los políticos demuestran en sus leyes creer que la exposición al público del Plan Urbano es suficiente para implicar al ciudadano en las decisiones colectivas. Les interesa creer que los que no manifiestan formalmente sus desacuerdos están de acuerdo, cuando la única realidad aceptable es la contraria: sólo podemos decir que están de acuerdo los que han manifestado su acuerdo, y sobre ellos habría aún que preguntarse si saben bien con lo que están de acuerdo. El que no sabe en ocasiones no contesta y en otras contesta porque, como es bien conocido, nada es más atrevido que la ignorancia. Ellos, los políticos, constructores y muchos otros profesionales respetables como arquitectos o notarios, frecuentemente basan su éxito en la ignorancia de los demás. Esa misma ignorancia consentida por el estado, en la que la sociedad sucumbe a la mortalidad de los cuerpos que soportan sus mentes alienadas, chifladas, perturbadas,... etc.

En el medio urbano los paisajes nos descubren su propia sostenibilidad. La imagen de los pueblos conformados por casas de adobe donde el suelo es de barro, o de cantería donde es de piedra, son toda una evocación al desarrollo sostenible. De igual modo podemos advertir las ofensas a la sostenibilidad que ofrecen esas farolas dispuestas para alumbrar las copas de los árboles, los estrechos alcorques que marcan los límites hasta dónde pueden crecer las plantas, las aceras o los asfaltos construidos de materiales capaces de resistir siglos, bajo los cuales se entierran frágiles tuberías que apenas duran unos años, las rondas de circunvalación dispuestas para liberar a la ciudad del tráfico interurbano, y que en el mismo momento de su inauguración han sido absorbidas ya por la ciudad, atrapada ahora en secuencias de anillos concéntricos, en cinturones que cumplen esa función de meter en cintura el desarrollo de las urbes para ir a mejor. Podríamos así enunciar una lista interminable de paisajes surgidos de la mano del hombre a costa de otros de la naturaleza, en ocasiones justificados para evitar males mayores, que no tienen otro valor que el de representar la antítesis de cualquier idea de progreso para ir a mejor.

Pero como quiera que concluir así es quedarnos en el triste lado del vacío dejado por los valores perdidos, y desde nuestra expectación por esa otra parte llena de valores humanos, debemos decir, en honor a la verdad, que los paisajes sostenibles trascienden una imagen propia para cuya percepción sólo necesitamos invocar a nuestra imaginación, liberada del siempre inoportuno materialismo del mercado, y alejarnos, aunque sea por un instante, del consumo y la opresión de la propiedad, para comenzar gratuitamente a disfrutar de la belleza del paisaje que nos brinda la naturaleza y que nos saca lo mejor que llevamos dentro. Saber que no hay paisajes alternativos a los próximos ha de ayudarnos a ganar la confianza en que no necesitamos que nos vendan otros paisajes, haciéndonos turistas sin voluntad, de esos que sacrifican en las terminales de estación o las áreas de descanso de las autopistas su valiosísimo tiempo de ocio. Recuperar los valores sociales puede permitirnos advertir que ya hemos pagado suficiente al insostenible crecimiento con todo el tiempo trabajado por cuenta ajena, e impedir que sigamos cayendo en la estupidez de pagar también con nuestro tiempo libre. Parar el coche, soltar el volante y dejar otra vez las manos, las piernas y los ojos libres y abiertos al deleite la contemplación, son oportunidades que debemos dar a

los valores del paisaje para conducirnos sin desplazarnos hacia ese desarrollo realmente sostenible.

Valorar la contemplación de la belleza en el paisaje no puede ser un cambio tan difícil de asumir. Solamente en esa simplicidad basamos una cierta confianza en la posibilidad del cambio cívico, desde el crecimiento hasta el desarrollo. Un cambio que precisa la recuperación social de políticos, constructores, arquitectos, notarios, científicos o académicos... pero sobre todo la del Estado, cargado ahora de hormonas de mercado, que timbran un insolente travestismo de sus funciones, ofreciendo una imagen intolerable de sí mismo.

Bibliografía

- ALCINA FRANH, J.- *Evolución Social*, Madrid, Akal, 1999.
- COMMONER, B.- *En Paz con el planeta*, Madrid, Drakontos, 1992.
- DONADIEU, P.- “Campagnes urbaines: de la réalité aux symboles” en GARIEPY et. al.- *Le paysage, territoire d'intentions*, Montreal, Harmattan, 1999.
- FRANK, A.G.- *El subdesarrollo del desarrollo: un ensayo autobiográfico*, Madrid, IEPALA, 1992.
- HUFTY, A.- “El misterio de la percepción natural a través de la pintura y paisajes canadienses” en ROMANO, J.- *Evaluación Ambiental y Desarrollo Sostenible*, Valladolid, Ámbito.
- Informe Ciudades Europeas Sostenibles*, Bruselas, Comisión de las Comunidades Europeas, 1996.
- JACOBS, P.- “La profecía: un juego de riesgos” en ROMANO, J.- *Evaluación Ambiental y Desarrollo Sostenible*, Valladolid, Ámbito.
- NAREDO, J.M.- *La Economía en Evolución*, Madrid, SigloXXI, 1999.
- Rapport du Groupe de travail national sur l'environnement et l'économie*, Ottawa, Conseil Canadien des Ministres des Ressources et de L'environnement (CCMRE), 1987.
- REES, W.E.- “Economie, écologie et rôle de l'évaluation environnementale aux fins du développement durable” en JACOBS, P. y B. SADLER, B.- *Développement durable et évaluation environnementale: perspectives de planification d'un avenir commun*, Ottawa, CCREE, 1992.